

Entrevista

Esperanza Belmont

La velocidad y el amor a la vida

• Elvira Hernández Carballido •

Mientras Esperanza Belmont maniobraba con su automóvil, para dejarlo perfectamente estacionado, y me sonreía cordial, supe que estaba frente a una mujer decidida, valiente, capaz de enfrentar cualquier reto. No sólo por sus triunfos en el deporte, sino por ese gran amor que le tiene a la vida.

Cuando bajó del coche, su amigable sonrisa no desapareció. Es chaparrita, usa un bastón para apoyarse y aunque no se mueve con la misma velocidad con que se desplaza por la pista, no pierde ese porte de mujer triunfadora.

"Mira, me dice mientras saboreamos una gran hamburguesa, yo estudiaba en la prepa cinco cuando una amiga me habló sobre el deporte adaptado, la verdad ignoraba que podía yo practicar alguno. Primero sentí pena al asistir, aunque poco a poco me incorporé, el ambiente era bueno y muy agradable".

"En un principio lo ví como una manera de rehabilitarme, pero luego empecé a sentirme más identificada y motivada. Primero estuve en natación y luego le entré al atletismo. Inicé con distancias cortas, cien o doscientos metros, más tarde medio fondo (800 y 1500), hasta finalmente las carreras de medio fondo (5, 10 y 20 mil) y el maratón".

La disciplina, entrenamientos y reconocimientos empezaron a for-

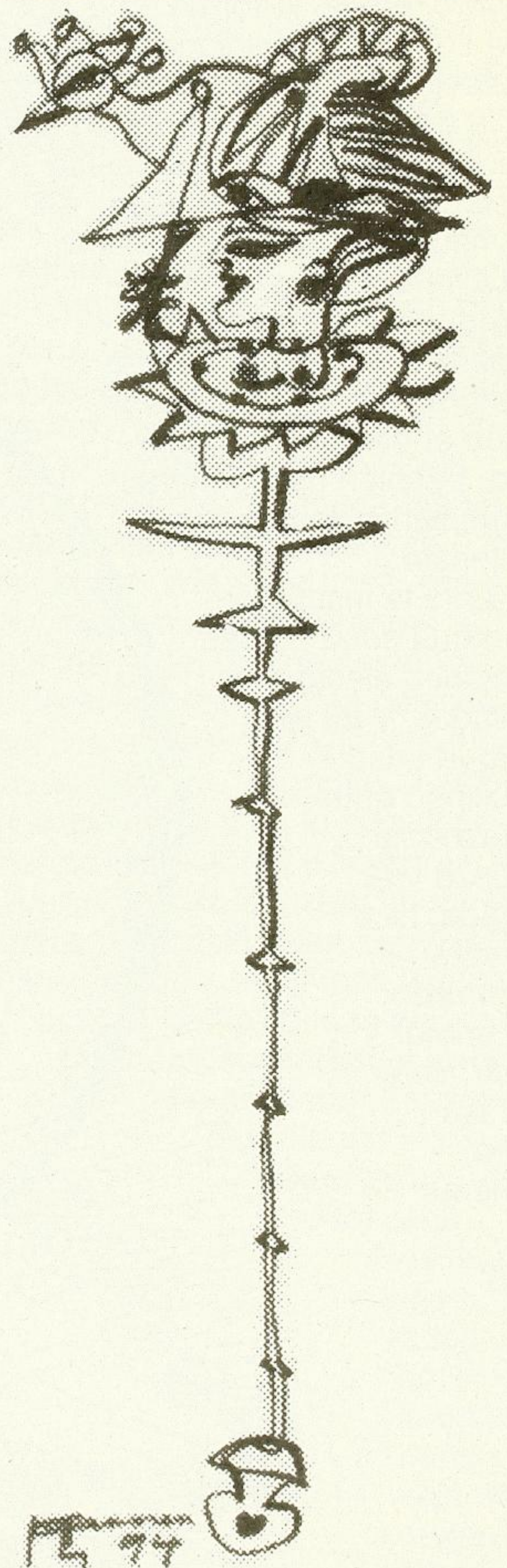
mar parte de su vida. Es en 1983 cuando entra a competencias tanto a nivel nacional como internacional.

Así pues, en Canadá obtuvo el 3er. lugar en los 5 mil metros. Poco después, en Londres, llegó en segundo en la maratón. En Puerto Rico ganó tres medallas. A principios de los noventa, en Venezuela, rompió todos los records y queda en primer lugar tanto en 400, 700, 1500, 5000 y maratón.

"Yo creo que una deportista debe llegar a una prueba con el mayor rendimiento, fue ahí precisamente donde empecé a sentirlo, no había cansancio sino una gran euforia, una seguridad de saber que puedes rendir hasta más, al alto rendimiento había llegado por constancia, amor, ganas y confianza en mí misma".

Las competencias continuaron en diferentes partes del mundo y los triunfos se mantuvieron presentes, pero cuando iban a celebrarse las Olimpiadas en Barcelona surgió un grave problema.

"Nosotros, los competidores del deporte adaptado, teníamos pocas posibilidades de ir porque sólo había diecinueve lugares, sí ¡Diecinueve! Así que los de sillas de ruedas, los ciegos, o sordos que deseábamos ir, merecíamos ir por nuestros logros y marcas, sabíamos que era bien difícil por los pocos lugares que ofrecían. Y muchos no fuimos. No asistimos por una gran injusticia".



"Si bien no dí la marca pedida, y fallé por sólo un minuto, estaba considerada entre las diez mejores del mundo. Pero los señores funcionarios prefirieron a sus cuates, parientes o recomendados".

"Aunque no me dejé tan fácilmente, hasta fui a la Cámara de Diputados (Comisión del Deporte), para exigir que se cumpliera la ley, pues está estipulado en nuestros estatutos deportivos que se puede representar a nuestro país en estos magnos eventos ya sea por marca o campeonato, yo era la campeona nacional y... no pude ir".

El dolor, la impotencia, la decepción, la injusticia casi minaron ese amor por las carreras en sillas de ruedas, sin embargo Esperanza Belmont logró salir de esa depresión y seguir adelante.

"Es difícil dedicarse al deporte adaptado porque es muy caro. Debes usar una silla especial (cuestan entre 1500 a 3000 dólares), guantes, casco. Además no hay entrenadores especializados, saben de deportes pero no de nosotros, de nuestras características y capacidades particulares".

"Actualmente en el DIF, que nos apoya y en donde también trabajo, logramos compartir experiencias y crear un programa donde hay médicos, psicólogos, nutriólogos, entrenadores y especialistas. El programa se compone de: Entrenamientos, biomédica, sillas y apoyo".

"En el entrenamiento se trabaja la resistencia, la intensidad, fuerza y velocidad del deportista".

"Biomédica, por su parte, es muy importante porque debes aprender a sincronizar tu cuerpo con la silla, hay maneras de ir sentada, de mover los brazos. Tienes que encontrar un punto de equilibrio idóneo para desplazarte".

Ahora bien, así como un corredor busca los mejores tenis no sólo por gusto o comodidad, sino también por calidad, una deportista como yo tiene que correr con una silla muy a su gusto, pues ella son mis tenis".

"Por último, el apoyo del psicólogo, nutriólogo y médico es vital

para estar mejor preparada. Ahora estoy con la mira en Atlanta y entreno mucho para ahora sí representar a mi país en una Olimpiada".

La plática fue tan amena que también compartimos otras cosas: fue compañera de generación de mi mari-

do Alfredo, ya tiene novio, maneja bien su coche automático, va a hacer su tesis... Cuando se aleja, siento vergüenza de mis propios problemas, y me contagio de su valor, de su coraje, de ese afán de luchar por lograr lo que en verdad anhelas. 